



## EL HIJO DE LA JUDIA.

CRÓNICA DEL SIGLO XIII.

**E**RA el año de 1350. Las tropas cristianas con su rey Alfonso XI ponían estrecho cerco á la ciudad de Algeciras, cuando el azote terrible de la fiebre amarilla, comunicada desde el campo agareno, llevó la muerte y el estrago al campo de los sitia-

dores. Alfonso XI muere víctima del contagio, y el reinado de su hijo el famoso D. Pedro I el *Cruel* se inaugura con la desolación de una terrible epidemia en todos los pueblos de Andalucía. Empero si el contagio diezaba á los habitantes de todas las poblaciones del reino, para Sevilla habia reservado, por decirlo así, sus dolores mas agudos y sus mas crueles tormentos. La peste se declaró de repente en la populosa ciudad, y estendiendo sus descarnados brazos del uno al otro extremo, queria destruilrila enteramente. Y en verdad que era un espectáculo espantoso el que ofrecian las calles, las plazas y las enercujadas de la pobre Sevilla. La muerte en todas partes; pero una muerte asquerosa é infecta; do quiera el silencio, pero un silencio de luto, de miedo y de horror! Los cadáveres yacian amontonados en el suelo; las casas estaban cerradas: á nadie se veía en las calles, ó si por casualidad alguno se arriesgaba á atravesarlas, corria sin volver la cara atrás, como si el azote le siguiese para caer sobre él duro y terrible.

Vivía en la calle de la Lechera una mujer llamada Sara Felix, cuyo nombre pronunciaban sus vecinos con respeto. Retirada con un hijo, á quien queria en extremo, miraba como hermanos á los que poblaban su calle, porque todos eran judíos como ella, y en aquella época, perseguidos y mirados mal los judíos, hallaban en la unión una recompensa al desprecio que los habia confinado en un rincon de la ciudad. Queríanla tanto mas los judíos, cuanto que conocia ciertas composiciones antipestilenciales, conocimiento que adquirió durante su residencia en Oriente por espacio de muchos años. La bebida que componia no dejaba de ofrecer buenos resultados empleada al principio del mal, y sus coreligionarios tenian la mayor confianza en su remedio.

Como la judía prodigaba el tesoro de salud que poseía, se agotó una mañana, y como si la peste hubiese conocido la extinción de su enemigo, redobló su furor aquel día, y muchos desgraciados se agolparon á la puerta de Sara, implorando su piedad. Llena de compasion la caritativa mujer, quiso preparar la bebida; pero como le faltase una planta indispensable para que surtiese buen efecto, llamó á su hijo, y le preguntó:

«Jacob, no oyes esas voces y esos lamentos que lanzan en la calle?

—Sí madre, respondió Jacob; esos que gimen son Daniel Gámez y Job Manilo atacados de la peste.

—Los salvarías si pudieras?

—Oh! sí: ¿qué debo hacer?

—Atravesando la ciudad....»

Sara se paró de repente, se puso pálida, y comenzó á llorar.

—¿Qué tienes, madre? exclamó el niño.

—Me ha asaltado un pensamiento espantoso, dijo la madre



sollozando... Tal vez al pasar por medio de tantos cadáveres respirarás un aire contagioso, y...

—Y eso qué importa? interrumpió el niño: ¿la ley de Moisés no dice que nos socorramos los unos á los otros?

—Tienes razon, Jacob; tú eres la gloria de la pobre Sara, y Dios te concederá su proteccion. Atraviesa la ciudad, dirígete á la huerta de S. Alberto, y en ella encontrarás la planta que necesito.»

Dió en seguida á su hijo las instrucciones necesarias, y le dijo llorando:

«Anda, querido Jacob; que el patriarca cuyo nombre tienes te proteja, y vuelve pronto á mis brazos para bien de los que padecen y consuelo de tu pobre madre.»

—Adios!» exclamó el niño, y desprendiéndose del cuello de la judía, que lo tenia estrechamente abrazado, se precipitó hácia la calle, mientras su madre caía de rodillas bañada en lágrimas y sin fuerzas, para buscar en la oracion un refugio contra las crueles angustias de la ansiedad.

## II.

En el cuartel de S. Isidoro, no lejos de la parroquia de este nombre, se veia una casa mucho mejor que las que la rodeaban, y al frente de la cual se habia parado un grupo de hombres acometidos por la peste. Los mas enfermos, á fuerza de gritar, caian medio muertos; pero el ruido no cesaba, y cada vez acudian mas infelices, agolpándose á la casa, que permanecia cerrada y en el mayor silencio.

«Maldito médico! gritó uno; pues no reserva para él sus remedios de Satanás?

—Los pobres no tienen derecho á que los asista, dijo otro.

—Fuego á su casa, gritó un tercero.»

Es probable que hubieran arrojado un hachon encendido á la puerta del médico, si uno de los enfermos no hubiese gritado:

—«Ahí viene! ahí viene!»

La muchedumbre se precipitó hácia él; pero los soldados que escoltaban al médico rechazaron á los infelices con las picas, y no pudiendo estos sufrir aquel choque, cayeron unos sobre otros sin poderse levantar.

Ademas del grupo de soldados que rodeaba al médico, iban detrás cinco ó seis hombres con un carrillo, los cuales se ocupaban en recoger los cadáveres que yacían en las calles.

—«¿Qué es esto? exclamó el médico al llegar á su casa. Recojed esos cuerpos.»

Acabada esta operacion, sacó un frasquito, roció sobre las piedras parte de su contenido que olía á cloruro, distribuyó á los que le habian acompañado un poco de este licor, y entró en su casa, seguido de un jóven y de tres soldados que se hallaban á sus inmediatas órdenes.

Luego que el médico se retiró á su laboratorio con el jóven, que era su discípulo, ambos se frotaron las manos y las sienes con alcanfor, y dirigiéndose al mancebo su maestro le dijo:

«Oliveros, qué has descubierto sobre la enfermedad?

—Nada de positivo.

—Y acerca de los síntomas.

—Que son tan variados como los colores del arco iris.

—Cuántos muertos ha habido ayer?

—Cerca de seis mil.

—Han tenido muchos los judíos?

—Cinco solamente.

—Cinco! repitió el médico, paseándose con precipitacion: ¿no es una vergüenza que cuando los cristianos caen á millares, esos judíos salgan tan bien librados?

—Dicen que Sara Felix posee un secreto, dijo el discípulo con timidez.

—No me hables de eso, Oliveros, gritó el físico en el colmo de la ira: no hay secretos que valgan... sortilegios de la hija de Satanás!.... á menos que las voces que se han esparcido no tengan algun fundamento.

—A propósito de lo cual debo deciros que el hijo de la judía Sara ha ido esta mañana á la huerta de S. Alberto, donde le he visto coger una planta, cuya propiedad es venenosa: si que-reis, podemos detenerle todavia cuando pase por la plazuela de S. Isidoro.»

El médico sin decir una palabra se lanzó á la calle, y se dirigió á la plazuela por donde Jacob debía pasar, situándose á corta distancia Oliveros y los tres soldados.

Entre tanto Jacob, despues de haber hecho gran provision de la planta que debía salvar á sus hermanos, caminaba alegremente y de prisa. Habia formado un manojo con las yerbas; se lo habia puesto en la cabeza para que nada le embarazase, y pensaba en su madre al mismo tiempo que marchaba.

—«Pobre madre! se decía; cuánto no será su placer! Yo se-caré con mis besos sus lágrimas, y daremos la vida á Daniel... Sí, que mi patrono me ha protegido hasta aquí, y espero que no me abandone...»

Cuando desembocó en la plazuela, el médico dijo á los solda-dos: «que uno de vosotros detenga á ese chico.»

Jacob divisó el grupo, y dudó un momento si volvería atrás ó seguiría su camino; pero acordándose de que los moribundos le



esperaban, se adelantó con resolución, y á los pocos pasos se vió rodeado por los tres hombres de armas, uno de los cuales le puso la mano en el hombro, diciéndole:

—«Sígueme, que quiere hablarte el médico de la ciudad.

—El médico de la ciudad! pensó Jacob; soy perdido.

Y volviéndose hácia el soldado que le tenía sujeto, exclamó:

—«¡Infeliz! no me toqueis, que tengo la peste!

Los soldados retrocedieron con espanto, y Jacob echó á correr como una exalacion.

Oliveros se disponía á seguirle; pero no tuvo precision de demostrar su agilidad, porque aun no se hallaba el pobre judío á un tiro de ballesta, cuando sintió un frio glacial, temblaron sus piernas, y cayó al suelo, soltando el manajo de yerbas.

### III.

—«Buena punteria! dijo el médico cuando vió caer á Jacob: bien vale este tiro tres maravedís de plata.»

Y sacando unas monedas de su escarcela, pagó al soldado su bajo asesinato; porque lo que habia detenido al pobre judío en medio de su carrera, no era la peste, como cualquiera presumiría, sino un tiro de ballesta disparado por orden del malvado médico.

Acercóse despues á Jacob, que yacía sin conocimiento; alzó las yerbas, y despues de examinarlas un rato, exclamó:»

—No hay duda! es veneno, y no de los peores... Oliveros, reconocamos á ese chico, pues necesito que viva.»

Inclinóse hácia el muchacho, y declaró que solo estaba desmayado, porque el tiro le habia dado á lo largo de la sien izquierda, y sin duda perdió el conocimiento agobiado con el dolor que debió sufrir al sentirse herido en parte tan delicada.

El médico llamó á los soldados; les mandó que transportasen el judío á su laboratorio, y á pesar de la brevedad de la travesía, no pudieron llegar á casa del doctor sin ser vistos. Un hombre escondido detras de los vidrios de su ventana, los vió pasar, y se dijo para sus adentros:

—«Bien cumple el cirujano las leyes que hay sobre la materia! ¿pués no se lleva un cadáver para disecharlo?

Entre tanto el fisico y sus acólitos entraron en casa; cerraron la puerta; dejaron á Jacob en una sala contigua al laboratorio, y habiendo ordenado el médico á los soldados que se retirasen, sin dar el menor socorro al herido, lo dejó encerrado, y penetró con Oliveros en el santuario de las ciencias.

«Eseucha, amigo, dijo á su discípulo: tengo confianza en tí, y

te voy á revelar mis secretos. No creas que estoy interesado en perder á la maldita judía porque envidio su saber: ¿qué me importan á mí algunos cadáveres mas ó menos?... Ya sabes que hace muchos años abrigo el deseo de vengarme del Señor de Luna, á quien aborrezco de muerte. Hace ocho dias que al retirarme á mi casa solo y ya de noche, comenzó á llover á cántaros, y resolví quedarme en la primera casa donde me admitiesen. Llamé pues á una puerta, y al cabo de muchos instantes se asomó un hombre al balcon, y me preguntó qué queria.

«Albergue por esta noche; le dije.

—En otra parte habrá proporcion; lo que es aquí no podeis entrar.

—Soy el médico de la ciudad.»

Apenas pronuncié estas palabras, bajó el hombre á abrirme, y me introdujo en una habitación donde habia un enfermo, suplicándome lo asistiese. Acerquéme á él, y hazte cargo de cual seria mi alegría al reconocer al Señor de Luna, mi mortal enemigo!... Le miré en silencio saboreando las delicias de la venganza, y me retiré sin querer asistirle.

Al llegar á la puerta me encontré con la maldita judía, enviada allí por mandato del demonio. «Hombre sin piedad, me dijo; ese enfermo no necesita los socorros de vuestro arte; yo le salvaré.»

Salí sin decirle una palabra; mas hoy he visto que cumplió su promesa; he encontrado á Luna, convaliente todavia, pero enteramente sano.... Ahora bien, es preciso que la judía muera, y que su hijo revele los secretos que tanto pueden valerme.

—Qué vais á hacer para conseguirlo? preguntó Oliveros.

—Acusaré á la judía de que ha envenenado las fuentes, y entregaré el chico al verdugo para que cante de plano.

—Magnifico! exclamó Oliveros; yo esparciré la voz de envenenamiento, y vos presentaréis la acusacion á los tribunales.

—Vamos pues», dijo el médico, y se separaron.

Entre tanto Jacob, gracias á la frescura del aposento, habia ido volviendo en sí. Luego que abrió los ojos, miró á todas partes, y estaba admirado de hallarse entre cuatro paredes, en una habitación que no conocia. Se restregó los ojos varias veces como para despertar, y un dolorcillo que sintió en la sien le recordó lo que habia pasado. Se puso entonces en pié, y oyó hablar; aplicó el oido, y llegó á él el nombre de su madre: puso mas atencion, y no perdió ni una palabra de la conversacion habida entre el médico y Oliveros.

Luego que Jacob estuvo cierto de que se habian ido, rompió á llorar, diciendo:

«Pobre madre! el malvado quiere que mueras, y á mí me destina al tormento como si fuese un criminal!»



Pero bien pronto cesó de llorar, y dijo con resolución:  
 «No, no sucederá esto por el Dios de Israel!.... Yo avisaré á mi madre, y partiremos juntos!.... iremos lejos!.... muy lejos de aquí!.... Mas cómo saldré de este maldito aposento? todo está cerrado!.... Dios mio! Dios mio! Salvad á mi pobre madre!!!....»  
 Se dejó caer sobre un banquillo de madera, y apoyando la cabeza en ambas manos, comenzó á llorar de nuevo.

## IV.

Mientras Jacob se hallaba entregado á sus meditaciones y á su dolor, su buena madre, á quien dejamos en el momento en que buscaba un refugio contra los tormentos de la inquietud, esperaba con ansia la vuelta de su hijo, y se le hacían siglos las horas. Cada vez que oía pasos en la calle aplicaba el oído, extendía los brazos, y clavaba la vista en la puerta por donde debía entrar Jacob; pero los pasos se alejaban poco á poco, y Jacob no entraba. Entonces volvía á rezar la desolada judía, y pedía al cielo, anegada en lágrimas, que le volviese á su hijo.

De pronto se oyó un gran ruido en la calle, y á poco se vió Sara rodeada de hombres y de mujeres que imploraban su piedad.

«Sara, libra de la muerte á mi hermano!....»

— Sara, ten misericordia de nosotros!....

— Bálsamo! bálsamo!»

Entregada Sara á su dolor no comprendió al pronto lo que querían aquellos hombres que no cesaban de gritar; pero de repente exclamó con voz dolorida: «mi hijo! volvedme mi hijo!»

Los apestados la miraron con asombro, y abriéndose ella paso por en medio de los judíos, salió á la calle como una loca, y desapareció, seguida de todos aquellos á quienes la enfermedad había dejado el uso de las piernas.

El primer cuidado de Sara fué dirigirse á la huerta de San Alberto, y despues de reconocer las huellas de su hijo, tomó el camino que conducía á la plazuela de San Isidoro. Si tropezaba en las calles con el cadáver de algun niño, se bajaba para reconocerlo, y cuando veía que no era Jacob, corría con precipitación por en medio de los cadáveres gritando: «Jacob! hijo mio! respóndeme!»

Así llegó á la plazuela, y el hombre á quien ya hemos visto detrás de los vidrios, al oír á Sara se asomó al balcón, y la preguntó:

«¿A quién buscáis así?»

—A mi hijo! lo habeis visto?... Decídmelo por el Dios de Israel....»

—Es judía! «murmuró el hombre, y cerró la ventana.

—Sed generoso, gritaba Sara; decídmelo donde está mi hijo... llevaba una chaqueta verde de sarga, y una gorra amarilla de visera alta....»

Tanto rogó la judía, que el hombre que había permanecido detrás de los vidrios abrió otra vez la ventana, y la dijo:

«Escucha, judía; yo he visto al muchacho de que hablas, y si quieres que sus huesos no se vean despojados de la carne, date prisa, porque ha caído en manos del médico de la ciudad, quien lo ha llevado para disecarlo.»

La pobre madre lanzó un grito que resonó á lo lejos, y cayó en medio de la plazuela sin conocimiento.

En aquel mismo instante entraba Oliveros en casa de su maestro, á quien halló en el laboratorio paseándose como un tigre dentro de la jaula.

—«Qué hay de envenenamiento? preguntó al discípulo.

—Se ha esparcido la voz por toda la ciudad, y el pueblo amotinado quiere matar á los judíos.

—Bueno! por lo que hace á mí he presentado la acusacion, y sea por medio de los tribunales, ó valiéndome de la furia popular, espero satisfacer mi venganza.

—Maestro, ya que he ejecutado lo que me habeis prevenido, ¿no me daréis la llave del arca donde está encerrado el libro que contiene los secretos de la ciencia?

—Mis secretos! repuso el médico pálido como la muerte.

—Así me lo prometisteis.

—Jamás!

—Pues bien! respondió Oliveros; desde hoy me separo de vos.

—Haz lo que quieras,» dijo el médico con frialdad; y se marchó con el manojo de yerbas arrebatado á Jacob.

Oliveros lloró de rabia, se mesó los cabellos, y pensaba en los medios que emplearía para vengarse del médico que tan villamente le había engañado, cuando llamaron á la puerta. Fué á abrir, y una mujer desalentada se precipitó en la casa gritando:

—«Mi hijo!.... dadme á mi hijo muerto ó vivo!....

—Ven conmigo, dijo Oliveros, y condujo á Sara á la habitacion donde habían dejado á Jacob. La madre penetró en ella con los brazos abiertos; pero se quedó como una estatua cuando vió que no había nadie.

—Me habeis engañado, dijo con angustia.

—Cálmate, repuso Oliveros sorprendido.... tal vez haya podido escaparse.... Dicho y hecho, añadió alzando la vista á la ventana; se ha descolgado á la calle. Sin duda alguna lo encontrarás en casa.»



La judía desapareció como un relámpago, y Oliveros no tardó en salir, satisfecho de haber substraído a aquella mujer á la venganza de su ingrato maestro. No por esto vayais á creer, queridos niños, que el pasante sentía el placer que dá una buena accion; no, obraba bien por un sentimiento de odio, y salvaba á la judía únicamente por desbaratar los planes del que ya era su enemigo.

## V.

Tal vez mientras reinó el azote en Sevilla no hubo un día de tanta mortandad como aquel en que tuvieron lugar los sucesos que vamos contando. Tristísimo era el espectáculo que ofrecía la ciudad aquella noche; se oía un rumor siniestro y prolongado; los cadáveres eran pisoteados en las calles llenas de gente, y un pueblo entero se agitaba de cólera y de furor contra los judíos, acusados de haber envenenado las aguas.

Ay! hartos ejemplos hemos visto del ciego furor popular en iguales circunstancias: no ha mucho, queridos niños, que el cólera pesaba sobre Madrid, y á la voz de envenenamiento corrió la sangre de infelices sacerdotes en los mismos templos. . . . . Pero volvamos á nuestra historia.

La noche de aquel funesto día se puso el sol de un color de fuego, y el horizonte parecía un volcan inflamado, como si al cruel azote que dieztaba la ciudad se hubiese agregado el no menos cruel de las llamas. Agolpada la muchedumbre en la plaza de S. Francisco, lanzaba gritos de furor, y solo faltaba á las masas un impulso para que estallase la cólera popular.

De pronto salió una voz de entre los grupos, y á los gritos de «allí viene el médico!» abrió calle la multitud, y el fisico al son de las ruidosas aclamaciones empezó á arengar al pueblo subido en un tonel, hablándole de los muertos que habia habido en la ciudad el día anterior, y de los pocos que habian tenido los judíos cuando su población subia á tres mil almas.

Un murmullo sordo acogió estas palabras, y el médico, enseñando las yerbas que tenia en la mano, habló de envenenamiento, acusando principalmente á Sara Felix y su hijo.

—«Mueran los judíos!» gritó la multitud.

—Mueran! exclamó el médico; al cuartel de los judíos!» y blandiendo un puñal se puso al frente de la desenfrenada turba, que con antorchas encendidas siguió al doctor, el cual solo pensaba en la venganza.

—«Maestro! le dijo Oliveros atajándole en medio de una calle; perdonadme, que no he tenido razon para abandonaros.

—Retírate, le contestó el médico; déjame y sigue tu camino.

—Perdonadme, maestro, y desde hoy obedeceré sin decir una palabra al que me ha enseñado lo poco que sé.»

El médico titubeó un rato; pero al fin alargó la mano á su discípulo, y haciendo una señal á la muchedumbre, prosiguió su marcha hacia el barrio de los judíos.

Entre tanto la habitacion de Sara era teatro de una escena de otro género. La pobre madre habia encontrado á su hijo, y pasados los primeros momentos de alegría, Jacob la enteró del designio del médico, y la conjuró á que huyese, diciéndola que habia hecho un lio de las mejores prendas, envolviendo todas las joyas, y que llevaba en su escarcela el dinerillo que habia en casa.

La judía cogió á Jacobo de la mano, y ambos se dirigieron á la puerta, pero encontraron un impedimento que no esperaban. Todos aquellos á quienes Sara habia prometido la salud si encontraba á su hijo, iban á exigir el cumplimiento de esta promesa, y en vano quiso Jacob hacer comprender á sus coreligionarios el peligro que corría su madre. El miedo á la muerte habia cerrado sus corazones á la gratitud, y viendo Jacob que su madre estaba en peligro entre aquellos furiosos, la hizo entrar, cerró la puerta, y aguardó á que se presentase mejor ocasion de huir.

Voces siniestras, y el resplandor de las antorchas, anunciaron á los judíos el peligro que corrían; pero se hallaban tan desanimados, que ni aun pensaron en defenderse, y la carnicería duró mas de dos horas.

Al cabo de ellas el médico, fuera de sí, los ojos echando fuego, y el cabello herizado, se dirigió á la casa de Sara, seguido de la insana muchedumbre y por Oliveros, que observaba sus movimientos con extraño interés.

Degollados muchos de los infelices que tenían sitiada á Sara, y derribada la puerta, el médico se arrojó hacia la judía, y tirando á sus pies las yerbas, gritó con voz de trueno:

—«Muere, envenenadora!»

Iba á descargar su puñal, mas sus pies temblaron, y cayó en tierra como herido de un rayo. Varios hombres se habian apoderado de Sara, y asestaban sus puñales contra el pecho de la infortunada, cuando Jacob, que habia recogido las yerbas haciendo frente á los verdugos, exclamó:

—«Deteneos!... la vida de mi madre por la de vuestro médico atacado de la peste!»

La seguridad del niño desarmó á los asesinos, los cuales bajaron las armas, y sin soltar á la judía dieron un consentimiento tácito á lo que proponía Jacob. Este se precipitó hacia la bebida empezada á preparar aquella mañana, y arrojó en ella la planta, causa de tantas desgracias.



Entre tanto el médico se habia incorporado, y dijo con voz débil.

«Sara! Sara! he sido cruel é injusto para contigo!..... dame la vida..... tu bálsamo....»

—Jamás! jamás! exclamó Oliveros: ¿no nos habeis dicho que es un veneno sutil?

—No, respondió el médico haciendo un esfuerzo..... el bálsamo de la judia da la vida.

—Amigos míos, exclamó Oliveros, mi maestro se ha vuelto loco; no permitamos que le envenenen en nuestra presencia. Demos el remedio á ese infiel, y si hace buen efecto.... entonces....

—Por Dios, Oliveros!..... la vida!.... el bálsamo!....

—No, maestro, os quiero demasiado, contestó Oliveros sonriendo, y antes que hayamos experimentado....

—Aquí está la bebida! dijo Jacob.

—A mí! á mí! murmuró el médico.

—Primero al judío! repuso Oliveros, ó perece Sara.»

Asustado Jacob con esta amenaza, dió la bebida á Daniel, mientras el físico articulaba sonidos ininteligibles, en medio de los cuales se distinguia:

«Amigo mio!... me muero!.... sálvame! sálvame!

—Qué efecto hace el remedio? preguntó Oliveros á Jacob.

—Obra poco á poco.

—Pues no veo señal alguna de curacion.

—Esperad un cuarto de hora, y veréis á Daniel en pié... Pero dejadme salvar á vuestro maestro.

—Cuando Daniel se levante.

Transcurrido el fatal cuarto de hora, Daniel se levantó débil pero sano, y los asesinos reclamaron el bálsamo para el facultativo.

«Sería inútil; dijo Oliveros; mi pobre maestro acaba de morir.

—Qué hacemos con esta mujer? preguntaron los malvados.

—La vida de mi madre, gritó Jacob, y os doy el bálsamo.»

Aceptada la propuesta por los asesinos, soltaron á Sara, en cuyos brazos se arrojó Jacob.

«Para nosotros el bálsamo! exclamaron los hombres.

—Para nosotros la libertad! gritó Jacob, cogiendo de la mano á su madre.

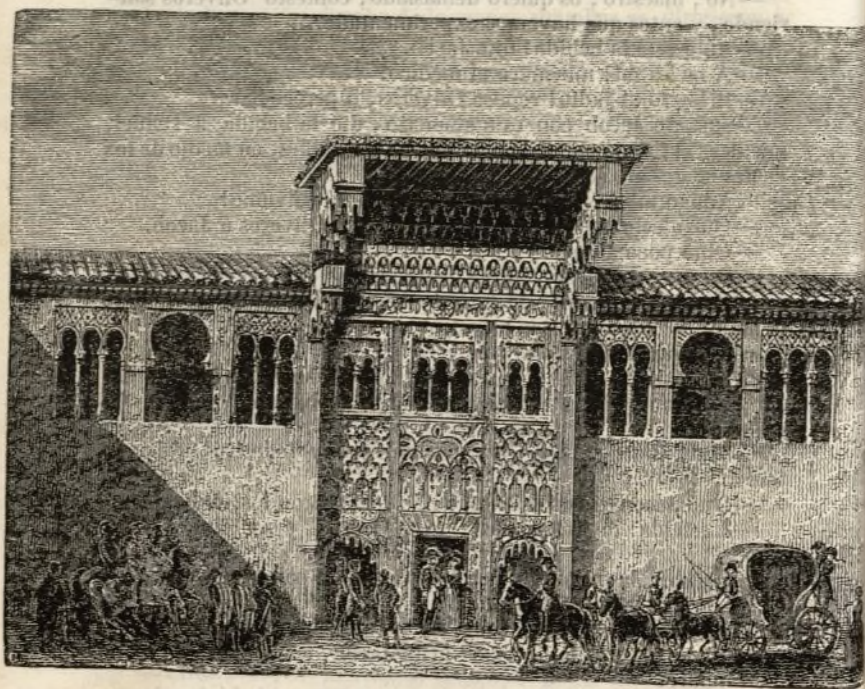
—Y para mí el libro de las ciencias!», dijo Oliveros, mirando al médico tendido á sus pies.

Sara y su hijo se lanzaron á la calle; pero tres ó cuatro desalmados, que los conocieron, iban á detenerlos, cuando se presentó un hombre armado de punta en blanco, con dos criados que llevaban dos mulas del diestro, perfectamente enjaezadas.

«Judía, dijo á Sara; una para tí y otra para tu hijo. El Señor de Luna te debía la vida, y viene á pagar su deuda.»

Quince dias despues Sara y Jacob se hallaban en Africa, donde vivieron en paz, siendo citado Jacob como modelo de piedad filial.

En cuanto á Oliveros, no disfrutó mucho tiempo del tesoro de las ciencias, adquirido por medio de un asesinato. Algunos dias despues le hallaron muerto en su laboratorio.



**Vista del Alcázar Real de Sevilla.**

En la página 43 hemos dado la descripción de este suntuoso edificio, de que presentamos hoy una exacta vista á nuestros lectores representando el acto en que el último monarca Fernando VII visitó en 1823 aquel regio palacio.



## EL CAZADOR DE DOCE AÑOS.

CUANDO todavía era joven el actual marqués de Villafranca, solía residir largas temporadas en un magnífico soto llamado de *Oñana*, que posee en el condado de Niebla. Cierta día le hablaron de un pastorcillo de doce años que con una honda mataba muchos conejos y liebres, sin que ningún castigo hubiese podido corregirle. Ni los tirones de orejas de los guardas, ni los golpes de su padre, ni la amenaza del calabozo le habían hecho abandonar su culpable industria.

No creyendo el marqués en semejante destreza, al día siguiente se dirigió al sitio en que solía apostarse el cazador, á quien no tardó en encontrar. Acercóse á él de repente, y le dijo con severidad:

—Con que tú eres el que te atreves á cazar en mis tierras?

—Señor, respondió el chico temblando, perdóneme V.

—Por qué matas mis liebres?

—Por qué? repitió el chico rascándose la oreja; lo hago por diversion..... y además porque somos muy pobres; mi madre está mala, y si de vez en cuando no matase una liebre, jamás veríamos en casa la carne.

—Pobre niño! pensó el generoso marqués; pero recobrando muy luego el tono severo, le dijo:

—Cualquiera que sea el motivo, haces muy mal: dónde están tus armas?

—Mírelas V., Señor, dijo el niño sacando la honda de la faltriquera.

—Con esto matas la caza!.. y cómo te las compones?

—Toma! cuando el guarda pasa por el bosque con sus perros levanta la caza, y como hay tanta, luego que se retira hacia el llano, no la dejo escapar.»

Y diciendo esto hacia ademan de disparar la honda.

—Si yo te levanto una liebre, estás seguro de poderla matar?

—Vaya si lo estoy.

—Prepara pues la honda, que voy á penetrar en el bosque y á hacer una batida; sea liebre ó conejo, dispárale, porque necesito que mates algo.»

Los ojos del cazador brillaron de alegría; pero de repente le asaltó una reflexion.

—Señor, y si el guarda nos coje?

—No tengas cuidado, dijo el marqués sonriendo, que yo respondo de todo.»

Y penetrando en el bosque se puso á dar con un cayado en

los árboles y el matorral, no tardando mucho tiempo en levantar varios bichos.

El niño mató una liebre, y admirado el marqués de su destreza, al mismo tiempo que compadecido de la pobreza de sus padres, le otorgó permiso para cazar, con la condicion de que nunca usaría otra arma que la honda, ni mataría mas que dos liebres por semana.

No podemos asegurar si el cazador se abstuvo de infringir esta última prohibicion: lo único que sabemos es que el señor marqués de Villafranca cuando dejó el soto, encargó á los guardas fuesen indulgentes con el chico. T.

### DEUDA DE HONOR.

Ya sabeis, queridos niños, que vienen á Madrid muchos mancebos pobres, con el objeto de estudiar la ciencia de la medicina en el colegio de San Carlos. Para poder mantenerse, los unos escriben por cierto estipendio, los otros se hacen ayudas de cámara, y todos buscan un rincon donde albergarse y trabajar en las horas que no son de estudio. Loable empeño el de unos jóvenes que ganosos de gloria, y con el fin de ser útiles á su familia, pasan los mejores años de su vida entre los libros y los quehaceres domésticos, nutriendo su mente de ideas y nociones científicas, y acostumbrando su cuerpo al trabajo y la fatiga!

Manuel de la Cámara, hijo de Segovia, servia á un señorito eleganton, que no se ocupaba en otra cosa que en jugar, pasear, concurrir al Prado, asistir al teatro, y visitar por mañana y tarde. Durante los dos primeros meses, recibió el estudiante de medicina el salario convenido; pero al cabo de ellos, se hizo el prudente su amo, y en vano pasaban los días, las semanas y aun los trimestres, porque el bueno del solteron no daba un cuarto á su barbero y ayuda de cámara. Viendo este que nada adelantaba á su lado, le exigió un recibo de la cantidad que era en deberle, y pasó á servir á otro, sin abandonar empero su principal objeto, esto es, el estudio.

Solia el pobre estudiante presentarse de vez en cuando á su antiguo amo, para pedirle su dinero; mas siempre le respondia:

«Por hoy no puedo; otro día te pagaré.»

Pero fueron transcurriendo días y mas días, sin que el empedernido deudor diese un peso duro á cuenta de los doce que legítimamente habia ganado Cámara.

Al fin cierta mañana fué este introducido en el gabinete del eleganton, y le halló contando dinero.

«Hoy sin duda saldremos de nuestra cuentecita? dijo el estudiante con el recibo en la una mano y en la otra el sombrero.



—Imposible, contestó el deudor.

—Pues cómo? y este dinero.....

—Este dinero, dijo con indolencia el calavera, no es mío! Anoche he perdido seis onzas, y como las deudas de honor se pagan al momento, ahora mismo voy á pagar la mia.

—Tambien lo que V. me debe es deuda de honor!

—Sin duda; pero tú tienes un recibo con mi firma, y si de pronto dejára yo de vivir, te pagaría mi familia, sin que perdieses un ochavo. El otro acreedor, por el contrario, solo cuenta con mi palabra, y si me muriera lo perderia todo. Ya ves que no son iguales estas deudas, y por lo tanto hoy no puedo pagarte.»

Luego que el estudiante oyó esto, dió dos pasos atrás, puso su sombrero en una silla, y cogiendo el recibo con ambas manos lo rompió gravemente.

—«Ya no tengo recibo contra V., dijo en seguida, y por lo tanto tambien nuestra deuda es deuda de honor.»

El calavera comprendió cuánta honradez y galantería encerraba la accion de Cámara; le hizo sentar, almorzó con él, y luego que hubieron concluido, le contó los 240 rs. duro sobre duro.

T.

## CELESTINA.

Hace pocos días que á eso de las diez y media de la noche, al pasar por la Plaza Mayor una niña de siete años llamada Celestina, la salió al encuentro otra chica de su edad, diciendo con voz llorosa:

—«Señorita, me dá V. un poquito de pan por el amor de Dios? tengo mucha hambre!

—Dios mío! respondió Celestina, toma, que casualmente traigo un bollo que me ha comprado mamá; pero qué pálida estás! cómo lloras!

—Es que hace mucho tiempo que estoy aquí, replicó la niña devorando el bollo; tenia miedo, mas aguardaba á que pasase una niña como V.

—No tienes mamá que te cuide?

—Mi madre murió hace cinco meses, y mi padre me trajo aquí esta mañana; pero me dijo que le esperára, y no ha parecido. Sin duda me ha abandonado, porque ayer dijo á una vecina que se iba de Madrid.

—Mira, dijo Celestina, yo tengo un papá muy bueno y una buena mamá: ven á mi casa, y ellos te cuidarán: luego que te vistan como yo, iremos juntas á la maestra, y serás mi hermanita, no es verdad?»

Y la encantadora niña cogió de la mano á la pobre abandonada, encaminándose á su casa en compañía de una criada que no

había hecho mas que oír y callar. Luego que vió á su madre, la dijo.

—Mamá, te traigo una niña á quien su padre ha abandonado de intento: quieres que se quede en casa? Tú eres muy buena para conmigo, y ya ves, con lo que me das todos los días habrá lo suficiente para las dos.

Los deseos de la generosa niña han sido satisfechos como debían serlo por su padre y su madre, honrados artesanos á quienes el trabajo y la economía suministran lo necesario para vivir con comodidad. La abandonada niña, vestida con los trajes de su hermana adoptiva, va á ser enviada á la escuela, y á juzgar por la sencilla gratitud que manifiesta, puede creerse que el honrado matrimonio que la ha recogido no tendrá que arrepentirse de su generosidad.

## EL NIÑO Y LAS HABAS.

### Fábula.

Por en medio de un habar

Pasaba un niño una tarde,

Y con desdeñosa voz

Aquesto dijo á su padre:

«Vaya una planta mezquina!

Ni fragante olor esparce,

Ni tiene, como otras muchas,

Hojas que la vista encanten.»

Habría corrido un mes

Cuando ambos paseantes

Tornaron al mismo campo,

Sentándose en medio á un valle.

«Ay! qué olor tan delicioso!

Esclamó el niño al instante;

Papá, papá, este aroma

De qué planta ó yerba sale?

—Hijo mio, de esas habas

Que con desprecio miraste

Cuando, sin flor, todavía

No perfumaban el aire.»

Oh niños, tened presente

Que bajo un grosero traje,

Suele hallarse un corazon

Tan puro como el de un ángel.

TENORIO.